

La Verdad que Auschwitz nos enseña

Debilitada por una vida de duras pruebas, Paula se movía con dificultad por las salas del lugar conmemorativo. La trágica historia se desarrollaba a medida que ella pasaba de una pared a otra, donde estaba en exposición la evidencia documentaria de grave persecución. Una fotografía de tamaño natural atrajo particularmente la atención de Paula. Acercándose, ella repentinamente exclamó, petrificada: estaba mirando su propio retrato.

Una visita casual a un “kibutz”, donde se encuentra un museo sobre el gueto, evocó memorias que inundaban la mente de la judía polaca: las condiciones inhumanas del Gueto de Varsovia, la creciente tensión, las muertes brutales de miembros de su familia, la desaparición de sus hermanos menores, transportados para un destino desconocido. En 1942, la joven de 23 años era la única que quedó de su familia. Con gran riesgo personal, un cristiano polaco, compadecido, le ofreció un escondite en su sótano, juntamente con otras 37 personas, en su mayoría judíos.

Pero cuando la situación se tornaba cada vez más crítica, ese polaco finalmente tuvo que implorarles que se fueran, no viendo ninguna esperanza de que ni ellos, ni su propia familia, pudiesen sobrevivir. Después de once días de estar escondida, Paula se aventuró a salir por las calles del gueto. Inevitablemente fue apresada y enviada a Maidanek, un campamento de exterminio, donde fue sometida a gran crueldad e indignidad y hasta usada en experimentos por el conocido médico nazi, Mengele. Sin embargo aún en ese infierno, Dios estaba allí y mantuvo Su mano protectora sobre ella, como lo testificó más tarde.

Si alguien tenía derecho de estar amargado, ese alguien con certeza era Paula. Ella había perdido a su familia y hogar bajo horrendas circunstancias; había presenciado atrocidades sin precedentes, y tuvo que comenzar su vida de nuevo en Israel. Asombrosamente, ella no estaba amargada. Cuando compartió su historia con nosotras, no había ningún rastro de rencor.

Paula, quien había sido llamada para ser testigo en el juicio de Adolf Eichmann, y que tuvo el privilegio de encender la primera vela en Yad Vashem (memorial para el Holocausto en Jerusalén) en el día anual en memoria de las víctimas del Holocausto, estaba completamente libre de amargura. Se puede comprender que no es fácil para todos poder perdonar así.

Desilusionado con la religión y con la humanidad, un oficial israelí de alto rango, anteriormente rabino, que había sobrevivido Auschwitz, hizo un voto de nunca más pronunciar una sola palabra en alemán. Pero su corazón fue muy tocado cuando nuestra fundadora, Basilea Schlink, le pidió perdón por la culpa de su nación.

¿Existe un vínculo entre el arrepentimiento de los alemanes y la receptividad espiritual del pueblo judío? Benjamín Berger, un judío mesiánico viviendo en Israel, cree que sí. Durante una reciente visita a nuestra Hermandad, él describió una visita a Auschwitz, donde pudo sentir que la sangre de los inocentes aún clamaba desde la tierra. El sintió que las lágrimas de los alemanes con respecto al pasado ayudarían a remover la enorme montaña obstruyendo el camino el camino del pueblo judío.

Esto se confirma con investigaciones que revelan que el Holocausto es el mayor impedimento para que los judíos crean y acepten a Dios.

La confesión y el arrepentimiento por la culpa nacional, y, en particular, por el crimen cometido contra el pueblo judío, es una característica de nuestra Hermandad, que fue fundada poco después de la Segunda Guerra Mundial. Esto dio origen a muchas expresiones prácticas como: servir voluntariamente en los hospitales israelíes y ofrecer hospitalidad a testigos judíos en los juicios de los nazis en la ciudad vecina de Fráncfort en la década del 60.

Con el deseo de restituir, en 1961 la Madre Basilea abrió también una casa en Jerusalén. Allí, en Bét Abraham, los sobrevivientes del Holocausto pueden apartarse para un tiempo de descanso en un ambiente agradable. A través de las devociones diarias del Tenaj (las Escrituras el Antiguo Testamento), muchos han retornado a la fe de sus antepasados. Recordando desde la larga historia de persecuciones de los judíos, que comenzó con el trabajo forzado bajo Faraón, ellos llegan a ver cómo el Pacto de Dios con ellos está todavía vigente, y cómo Él nunca los abandonó.

Incluso en el valle de la sombra de muerte, Él estaba con ellos. Aunque nunca podremos sanar todas las heridas, un gesto o señal de amor puede ser una gota de bálsamo. Una huésped que se había quedado todo el tiempo en silencio, comenzó a abrir su corazón después de ver un pequeño regalo sobre su servilleta en la mesa: un pájaro hecho artesanalmente a mano.

Emociones reprimidas durante mucho tiempo emergieron a medida que ella revivía la escena. Ella había sido colocada en una fila para ser fusilada por los nazis, cuando oró: "Oh, déjame ser un pajarito y salir volando". Inexplicablemente ella fue liberada. Al ver el pájaro ornamental le trajo de nuevo recuerdos que antes no había podido enfrentar. Esto fue el principio de un proceso de sanidad.

¿Cuál es el mensaje del Holocausto al mundo, en general?

Muchos judíos han expresado el miedo de que aquello que ya aconteció una vez, pudiera suceder nuevamente. Un arzobispo católico declaró: "Se ha dicho que después de Auschwitz uno no puede seguir creyendo en Dios. Mi reacción sería justamente lo contrario. Auschwitz nos muestra de lo que son capaces las personas cuando desprecian a Dios y Sus mandamientos y enaltecen su propia voluntad, haciendo de ella una ley absoluta."

El desprecio de Dios pronto lleva al desprecio de las personas. Esta es la verdad eterna que Auschwitz nos enseña, aunque infelizmente, no por la última vez."

Una visita polonesa que había sufrido inmensamente durante los trágicos acontecimientos de la II Guerra Mundial, observó que la ascensión del nazismo podría haber pasado en cualquier país.

Si no hubiese sido por la pasividad de casi toda la comunidad mundial, Hitler no podría haber llevado adelante el exterminio masivo de judíos. En la conferencia de Evian-les-Bains en Francia, convocada por el Presidente Roosevelt en julio de 1938, para discutir el destino de los judíos europeos, apenas tres, de treinta naciones ofrecieron recibir unos pocos millares de judíos, así los informantes nazis reportaron a Hitler: ""Haga lo que quiera con los judíos; el mundo entero no los quiere". Luego después de esto, aconteció *Kristallnacht* (Noche de Cristales Rotos – ataque masivo organizado por los nazis contra sinagogas, casa y propiedades de los judíos.)

Con sus estrictas leyes de inmigración, los canadienses y norteamericanos abandonaron a su suerte un número incontable de judíos durante el Holocausto, conforme está documentado en *None Is Too Many* (Ninguno ya es demasiado). Los suizos también cerraron sus fronteras. Los informes de que perecían comunidades judías en las cámaras de gas, fueron minimizados o tratados con descrédito por los Aliados.

Incluso antes de la guerra, Carl Goerdeler, el intendente de Leipzig, Alemania, muerto más tarde por su oposición al nazismo, repetidamente advirtió a los gobiernos británicos, franceses y norteamericanos de que Hitler estaba determinado a destruir primero a los judíos, luego a los cristianos. Fue recibido con escepticismo y desaprobación: "Un buen patriota no denuncia su propio gobierno". Tal el caso de Adam von Trott zu Solz, otro mártir del Tercer Reich, nadie tomó en serio sus palabras, considerándolas grandemente exageradas; "fue preferida la política de apaciguamiento".

El gobierno británico en interés propio nacional, se acomodó, faltó a sus promesas para con los judíos, e inhumanamente cerró las puertas a miles de judíos que huían buscando asilo en Palestina durante e inmediatamente después de la época nazi.

La tragedia del barco *Struma* tiene que permanecer para siempre profundamente marcada en la conciencia nacional de los británicos. Después que ellos la desviaron de Israel, la nave fue torpedeada en el Mar Negro en el invierno de 1942; y de los 769 refugiados abordo solamente uno sobrevivió.

El mundo cristiano en general debe cargar la responsabilidad por hacer que el nombre de Cristo y la cruz sean repelentes para los judíos. La lista de atrocidades incluye las Cruzadas, la Inquisición, guetos incontables y *pogróms* (matanzas organizadas de judíos). Todo comenzó bastante inocuamente, conforme resalta la Madre Basilea. En la esfera teológica se expresó duda sobre si los judíos seguían siendo el pueblo del pacto. ¿No habían los cristianos asumido el lugar como el pueblo del nuevo pacto? Luego la Iglesia Cristiana espiritualizó las promesas de bendición hechas a Israel, y las apropió para sí misma, dejándolos al pueblo judío sólo con los juicios.

Esta forma de pensar es la base de una decepción conocida como la **Teología de Reemplazo**, que está con nosotros hasta el día de hoy.

Sin embargo, el apóstol Pablo declara enfáticamente que Dios no ha rechazado a Su Pueblo. Y él advierte a los cristianos: “No te gloríes, despreciando las ramas naturales.... recuerda que no eres tú quien sostiene a la raíz, sino que la raíz te sostiene a ti... Así que no te jactes, sino más bien siente temor” (Romanos 11:18-20).

Si amamos a Dios, amaremos también al pueblo que Él ama... La Palabra de Dios permanece para siempre... “Benditos los que te bendijeren, y malditos los que te maldijeren” (Números 24:9).

La verdad, concluye la Madre Basilea, es que no solamente hemos fracasado en amar al pueblo judío, sino que también a través de nuestra actitud inclemente, les hemos proporcionado una imagen distorsionada del Señor a quien afirmamos servir.

Un pequeño episodio en un hotel en Natania, lugar de veraneo al lado del mar en Israel, puede servir como ilustración. Un sábado por la mañana un grupo de peregrinos de habla alemana cantaba durante una reunión de oración por Israel. Entendiendo solamente la palabra “*Shalom*” del canto, judías francesas que estaban en el hotel, curiosas, preguntaron a través de un intérprete, por qué los cristianos estaban cantando cantos hebreos.

A medida que los peregrinos explicaban su amor por Israel y su deseo de recompensar por el pasado, la perplejidad de las judías creció. “Pero nunca hemos oído que cristianos nos aman. Venimos aquí una vez al año para estar entre nuestra propia gente, donde no somos odiadas.”

Con eso, una enfermera pidió perdón, con lágrimas en los ojos.

“¡No, no, no debes llorar! Ustedes no son malas”, protestó una de ellas.

Mientras tanto todas las mujeres judías estaban llorando. Allí en la sala del hotel aconteció una reconciliación en medio de calurosos abrazos, y se intercambiaron direcciones...

¡Cuán apropiadas son las palabras del profeta Isaías para nuestros tiempos: “¡Preparen el camino para mi pueblo! Construyan con cuidado la calzada y límpiénela de piedras” (Isaías 62:10). Por medio de nuestro arrepentimiento podemos ayudar a quitar estas piedras y preparar el camino para el pueblo elegido de Dios.